

jes de la vida real; como el mexicanismo de la obra, consistente en escoger los tipos más vulgares de las clases inferiores y reproducirlos con su imprescindible dialecto.

Pero, desengañémosnos: todo eso está muy bien, mas no basta a crear lo que hoy llamamos una novela. En el siglo de *La Rebelión de los Angeles* poco nos importa el realismo y el respeto a las tres dimensiones. Queremos una intensa visión artística, no que copie la vida, sino que rebose la vida de sí misma; queremos más personalidad en el autor: que nos dé sus propias entrañas si es preciso, en vez de un perenne subrayado trivial. Que hay muchachas bobas que abandonan a sus novios pobres por buscar más alto y caen en poder de jóvenes libertinos? ¿Qué nos interesa a nosotros? Era preciso escribir tan sin escrúpulo literario un libro para mostrarnos lo que a diario ven nuestros ojos?

Una tercera edición de *La Calandria* quizás venga a demostrar cuán lejos se agitan nuestras actuales inquietudes literarias, respecto de este discípulo de Pereda, que, con ser cien codos más alto que nuestro autor, ha entrado ya en un justo y soñoliento claudicar.

CULTURA

SELECCIÓN DE BUENOS AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS

DIRECTORES: AGUSTÍN LOERA Y CHÁVEZ.
Y JULIO TORRI

TOMO I. Núm. 4.

MAURICIO MAETERLINCK.

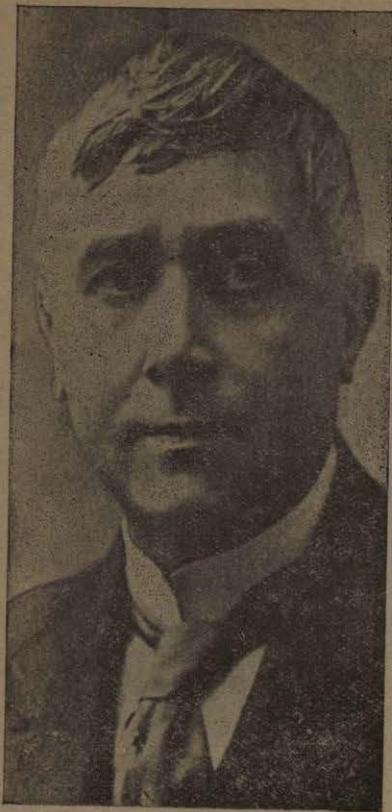
“EL PAJARO AZUL”

VERSION CASTELLANA DE ROBERTO BRENES MESÉN.



MEXICO.

Octubre 1º de 1916.



Mauricio Maeterlinck

MAURICIO MAETERLINCK (1)

“**T**ODO lo que decirse pueda, esforzándose en hacer el retrato íntimo de una persona, ha escrito Maeterlinck, no se parece sino muy imperfectamente a la imagen más precisa que en nuestro espíritu trazan nuestros pensamientos en el instante que de ellos hablamos.... El personaje auténtico y total no surge de la sombra, sino al contacto inmediato de dos vidas».

No obstante, se desconfía un poco del juicio de nuestros allegados. Se halla que no son ellos los llamados a hablar de nosotros. Se cree que se equivocan porque aman, que no ven claro porque ven demasiado! Quién nos juzga entonces? Los indiferentes que pasan o los amigos constantes, cada uno de los cuales nos mira a través de su propio pensamiento como a través de un cristal de distinto color?

Así como es preciso para conocer un país en todos los aspectos haber vivido mucho tiempo en él, así es preciso haber compartido largos años una vida para comenzar a comprenderla, para internarse más allá de este primer conocimiento estérno que por lo común no revela nada del alma verdadera. Necesitamos meses, años para dar la vuelta en torno de un carácter; pues si es

(1) Hemos aprovechado para formar este cuaderno uno de los epítomes de la popular "Colección Ariel" que publica en Costa Rica nuestro amigo don José García Monge, contando previamente con su consentimiento.

cierto que se juzga una persona por lo que hace, se la conoce por lo que no hace.

He aquí por qué, en el umbral de este libro, (1) antes de trazar la biografía de Mauricio Maeterlinck, me ha parecido útil decir algunas palabras de él mismo y de su carácter.

No sin inquietud interrogamos la vida privada de aquellos cuyas obras difundieron en nuestra alma los primeros resplandores de la verdad y fueron por ello mismo, nuestros guías, nuestros amos y nuestros dioses. Siempre tenemos el justo anhelo de saber que son tales como los soñamos. Tememos una decepción, una falta de equilibrio, algo que aminore la figura diseñada por nuestra fantasía, la estatua erigida por nuestros sueños.....

Quienes conocen a Maeterlinck quedan, por el contrario, dichosamente sorprendidos de la absoluta armonía que reina entre sus obras y su vida.

Ciertamente, el genio benévolo que sonrió a su entrada en este mundo ordenó su naturaleza primitiva, imponiendo a sus instintos y a sus fuerzas una dirección favorable a los dones que le concedía. Pero Maeterlinck, con toda su voluntad, con toda su conciencia, terminó más tarde la admirable tarea preparada por el destino, de tal modo que el hombre y la obra vuelven a juntarse hoy día y parecen mezclarse en un perfecto acuerdo.

Por una sabia disposición ha reducido sus debilidades, canalizado sus fuerzas, equilibrado sus facultades, multiplicado sus energías, disciplinado sus instintos. Mora al abrigo de una voluntad serena que aleja todo lo que pudiera turbar su soledad; tan cierto es que obtenemos poco a poco la complicidad de las cosas que hemos sabido domeñar. Diríase que todas las potencias

[1] Se refiere a *Morceaux Choisis* de Mauricio Maeterlinck. De ese libro tomamos estas páginas.

misteriosas que tan a menudo él ha presentado en sus escritos han tejido entre él y el mundo un velo impenetrable que le permite ver la verdad sin que su reposo se altere. En esta existencia, lo bastante inmóvil para que pudiera quedar atracada a los movimientos únicos del pensamiento, cada semana es comparable a una espiga de trigo en la que los granos son los días iguales y en la que los libros forman la poderosa cosecha.

Quiere esto decir que él rehace todas las manifestaciones de la vida? No, acoje gustoso la alegría que se le ofrece, pero no la llama y ella encuentra en su juicio una balanza tan equitativa, que su peso ligero no es aun el de una flor caída entre los graves pensamientos que habitan su espíritu.

Lo he visto abrirse un camino apacible a través de muchas circunstancias difíciles, ir y venir con la misma sonrisa, allí donde otros salen cantando y regresan llorando. Aunque la vida de Maeterlinck sea una de las que parecen más escasas de incidentes, estos acechan su reposo como acechan el de todos los humanos; pero nunca se tuvo el reconfortante espectáculo de ver los acontecimientos esclavizados y domesticados por la conciencia y la voluntad.

No me perdonaría si yo quisiera encerrar la existencia de Maeterlinck en un relato minucioso. Por lo demás, cuando os hubiera dicho que él pasa el verano en Normandía y el invierno en el Sur, que se levanta temprano, visita sus flores, sus frutos, sus abejas, su río, sus grandes árboles, se pone al trabajo, vuelve en seguida al jardín; que después de la comida, se entrega a los deportes a que es aficionado: el remo, el automóvil, la bicicleta o el paseo; que tarde tras tarde, el resplandor de la lámpara ilumina sus lecturas y que a una hora conveniente se acuesta, sabrías poca cosa, ya que estos pequeños hábitos no son sino las copas más o menos grandes que recogen la sustancia misma de una vida.

Cuál es en Maeterlinck, la naturaleza íntima de esta sustancia? Es la meditación. En resumen, trabaja poco, si por trabajo entendemos los instantes únicos de producción, pues a él le parecería pueril demorar mucho tiempo en la tarea. Nada sería más contradictorio a sus ideas y a sus gustos. Pero no conozco a una persona más estudiosa si se piensa que aparte de las dos horas precisas que él concede a su labor cotidiana, ninguna distracción viene a interrumpir la atenta unidad, casi monótona de sus días. Nos da un ejemplo sorprendente de esa especie de ociosidad activa en la que se elabora toda obra profunda y que es ciertamente el espacio, el cielo de nuestra vida moral, la luz que hace reventar sus gérmenes, estallar sus promesas. Así es como se prepara, durante el paseo, en los placeres silenciosos, el trabajo que tan extrañamente rápido realiza cada mañana.

Cuando uno puede seguir paso a paso la existencia de Maeterlinck, tiénesse la revelación del formidable papel que representa lo inconsciente en nuestra alma. Su obra no es solamente el resultado de una voluntad cerebral, emana de una fuerza en perpetuo movimiento, siempre vigilante, que obra sin darse cuenta de ello, por fuera de él y que parece encarnarse en una voz humana para dictarle las páginas tan profundas que ha escrito acerca de la parte que este inconsciente tiene en nuestro pensamiento.

No hay acaso una prueba de esta fuerza misteriosa en la disciplina casi automática que naturalmente rige su actividad? Durante muchos años de vida en común, nunca lo he visto constreñirse. Parece realizar su obra sin pena ni esfuerzo, con la sencillez de un niño que abandona sus juegos a la hora prescrita y vuelve a ellos en las horas permitidas, sin cuidarse de la página que comenzó.

Cada mañana, en el instante de la ejecución, ábrese una ventana hacia el espacio, hacia la humanidad, ha-

cia las eternas verdades, y cuando vuelve a cerrarse, la labor no se detiene, continúa más allá de los gestos, durante el paseo, el examen de las colmenas o la visita de las flores. Continúa y se iluminan los horizontes del pensamiento, se aproximan las verdades, semejantes a esas buenas hadas, que a las veces, atravesando las tinieblas del sueño, nos ofrecen al despertar la solución del problema que nuestra conciencia había buscado en vano.

Mauricio Maeterlinck nació en Gante el 29 de agosto de 1862, de una antigua familia flamenca que se remonta al siglo XIV. Se desliza su infancia en Oostacker, al borde del amplio canal marítimo que comunica a Gante con Terneuzen, pequeña ciudad holandesa. Los navíos de mar parecen escurrirse por el jardín extendiendo su sombra magestuosa sobre las avenidas llenas de rosas y de abejas. De este modo el alma del muchachito, alegre y grave a un mismo tiempo, turbulento y soñador, despiértase rodeada de todas las cosas que solicitarán un día los estudios y la vida del poeta.... El campo, la cosecha, las flores, los frutos, las colmenas, el río, y sobre todo, como únicos acontecimientos de la vida de familia, los grandes navíos que lentamente pasan, cargados con lo desconocido que desde los confines del mundo le trae abundancia de pensamientos.

Si para rodear al niño las cosas parecen entonces preceder al destino, veremos con cuanta complacencia, más tarde, vienen a reunirse a la obra, esclareciendo por decirlo así los días del poeta, con todas las realidades en otro tiempo evocadas en sus dramas. La Abadía de Saint-Wandrille en donde Maeterlinck pasa todos los estíos, es ciertamente la realización de todos los castillos imaginarios en que el poeta encuadró la aventura de los Maleine, de los Melisande, de los Alladine, de los Ygraine. Nada falta a la decoración. Las ruinas que

baña el río, la fuente, el surtidor, las terrazas, los alrededores innumerables, las monumentales puertas, los bosques seculares, el claustro, la capilla y los subterráneos.

Pero en tan breve noticia no podríamos enumerar como debiéramos los favores del destino que parecen enlazar constantemente la senda del filósofo, y que no poco han contribuido a su evolución hacia la luz. Hay un sólo mal recuerdo en sus años de dichosa sabiduría, un solo rencor que oscurece las bellas horas de su adolescencia: no perdonará nunca Maeterlinck a los Padres Jesuitas del Colegio de Santa-Barba su estrecha tiranía... A menudo le he oído decir que no volvería a comenzar la vida al precio de sus siete años de colegio. Para él sólo hay un crimen que no puede perdonarse: el que envenena las alegrías y destruye la sonrisa de un niño.

Concluida la educación, Maeterlinck comienza su estudio de Derecho. Sus padres quieren hacer de él un abogado; han notado en él, durante su estancia en el colegio, enojosas aptitudes literarias que es preciso aniquilar. Acepta el terminar sus estudios en París, si bien es verdad que va buscando aliento necesario a su voluntad. En la capital afirmanse sus gustos, sus ensueños se concretan. Lee, visita los museos, va a buscar a los artistas, conoce poetas. La curiosa figura de Villiers de l'Isle Adam produce en su juventud una impresión que domina aun sus recuerdos. Cuando regresa a Gante, se ha fijado su vocación y aun cuando sigue el camino trazado por la voluntad paterna, ya entrevé su pensamiento el espacio que le es necesario; se inscribe en el foro de su ciudad natal, litiga, a sus litigios lleva el espíritu extremadamente preciso, el gran sentido práctico que le son particulares y durante este tiempo, escribe, apasionándose cada vez más por la literatura, y con sus viejos amigos Gregorio Leroy y el gran poeta Carlos Van Ler-

berghe a quien le unía un afecto nacido en las primeras horas de la infancia, colabora en varias revistas de circulación escasa.

En 1889 publica su colección de versos titulada *Serres Chaudes*. Pueden encontrarse allí en germen cualidades que más tarde se abrirán en sus obras. Esos poemitas cargados de angustias y de inquietudes traen consigo la atmósfera extraña que envolverá poco después a los héroes de su primer drama: *La Princesse Maleine*, publicada en 1890 y acerca del cual Mirbeau, con su entusiasmo y generosidad bien conocidos, escribió un artículo que reveló de súbito al joven autor belga ante el mundo entero.

Continúa Maeterlinck participando de la vida de familia, pues sabe abstraerse de todo lo que le rodea. Es completamente extraño a la forma de su existencia y permanecerá así hasta el día en que esta forma se adapte perfectamente a sus gustos.

Tras *La Princesse Maleine*, aparecen sucesivamente, *L'Intruse*, *Les Aveugles*, las *Sept Princesses*, *Pelleas et Melisande*, *Alladine et Palomides*, *Intérieur* y *La Mort de Tinagiles*, dramas de angustia y de inquietud en los cuales «la presencia infinita, tenebrosa, hipócritamente activa de la muerte llena todos los intersticios del poema y en donde se responde al problema de la existencia, con el enigma de su anonadamiento».

Hasta aquí, con Maeterlinck vivimos en la sombra de todos los grandes poderes incomprensibles y fatales. Agobiados bajo el peso de su destino, sus héroes, a tientas, van y vienen en la obscuridad; tan negativos son que se les distingue apenas por la fuerza que los destruye. Sólo la desdicha hace surgir de su alma algunas chispas y sólo en el instante en que la muerte les hiere, parecen echar de ver que respiran.

En paralelismo con estos dramas aparecen las traducciones *Ruysbroeck l'admirable*, *Les Disciples a Sais*,

Les Fragments de Novalis, *L'Annabella* de John Ford, y en fin su primer volumen de ensayos filosóficos: *Le Trésor des Humbles*, que cierra el ciclo comenzado por *Serres Chaudes*, haciéndonos entrever por vez primera un fulgor de esperanza, una pequeña claridad que muy pronto crecerá, pero que aun vacila en el fondo de un abismo.

Correspondió a Aglavaine, a la que fué en la obra de Maeterlinck la primera heroína consciente, el avivar esta llama e inclinar su razón hacia este abismo de inquietud. «Me trae—escribía el poeta en una carta que tengo a la vista—me trae una nueva atmósfera, una voluntad de ventura, una fuerza de esperanza. Si al punto no triunfa de la fatalidad que pesa aun sobre la pequeña Sélysette, al menos la ilumina y en adelante su claridad va a dirigir mis pesquisas en una vía serena, dichosa y consoladora».

Aquí es efectivamente cuando la evolución de Maeterlinck se impone a todos los que estudian su obra. Como si pasáramos repentinamente del norte al mediodía, desgárranse las brumas, hácese puro el cielo, la luz estalla, queda la tierra toda bordada de flores, sus maravillas nos aparecen y ahora, las siluetas heroicas se perfilan en la claridad que a plomo cae sobre su frente. Nacen de un mundo más valeroso cuyo pensamiento no pertenece ya por entero a las verdades desoladoras que ordenaban la inacción y la desesperanza, se hallan modeladas por manos que no tiemblan ya, concebidas por un espíritu a quien si ciertamente retiene la duda, no le puede seducir. Han caído los velos que por largo tiempo ocultaron la voluntad secreta y si la sabiduría suscita aún angustias, ahora parece que es la luz triunfante la que huella la sombra y descubre nuevas lágrimas.

El teatro de Maeterlinck está ligado estrechamente a su filosofía y sus héroes a más de ser los del mundo inmediato que cada drama pone en acción, concretan e

ilustran el desarrollo de su filosofía. Por eso les vemos surgir en países diferentes, poblados de voluntades y de ideas distintas. Así, al principio distinguimos, en el fondo de las brumas, nacidas de los deseos angustiados de los *Serres Chaudes* las princesitas muertas, sepultadas en las llamas de plata de su cabellera de hadas, luego en una creciente luz *Aglavaine* nos conduce del *Trésor des Humbles* al umbral de *Sagesse et Destinée*. *Monna Vanna* domina *Le Temple Enseveli* y *Ariane* se levanta de él armada con su llave de oro. En el mismo rayo de luz aparecen pronto *La Vie des Abeilles*, *Joyzelle*, *Le double Jardin*, *Marie Magdeleine* y en fin, *L'Intelligence des Fleurs*, obra de hadas de la naturaleza mezclada con la de *L'Oiseau Bleu*, (1) obra de hadas del pensamiento....

No me corresponde a mí criticar ni aun juzgar la obra de Maeterlinck. Indiqué su sucesión con algunos rasgos; puede seguírsele como se recorre un camino al principio un tanto sombrío, pero que se ensancha, se ilumina y se abre hacia el espacio. Y cualquiera que sea la opinión que de ella se tenga, debe uno regocijarse, así me parece, con una evolución tan venturosa, tan consoladora. Si verdad es que en sus primeros escritos hemos visto a sus héroes sometidos sin piedad a fuerzas ciegas, irremediamente agobiados bajo el peso de los tormentos, si lo desconocido ha tomado la forma de la muerte, en el fondo de las tinieblas, en una equívoca injusticia, hemos entrevisto la idea del Dios cristiano amalgamada con la de la fatalidad antigua; en la segunda parte de su obra no ha reemplazado el poeta las incertidumbres nocivas con las ilusorias certidumbres. Ha sabido guiarnos sin mentira en una vía de serenidad y hácernos esperar sin vanas promesas. Ha sabido, mirando con sencillez la vida, darnos confianza en ella, descu-

(1) La obra que hoy reproducimos: primera versión castellana que de *L'Oiseau Bleu* se hace, por lo que tenemos sabido.

briendo bellezas en la más humilde de las alegrías y en la más miserable, nobleza en la más mediana. Sobre una cumbre, ha levantado un templo de belleza, de amor y de verdad. Ninguna puerta está para defender la entrada, ni lo habita ninguna divinidad efímera.

MME. GEORGETTE LEBLANC (1).

(1) Actriz distinguida y compañera de Maeterlinck.

PERSONAJES

(POR EL ORDEN EN QUE ENTRAN A ESCENA).

<i>La Madre Tyl.</i>	<i>Juanita.</i>
<i>Tyltyl.</i>	<i>Magdalena.</i>
<i>Mytyl.</i>	<i>Petrita.</i>
<i>El Hada.</i>	<i>Paulina.</i>
<i>El Pan.</i>	<i>Riquilla.</i>
<i>El Fuego.</i>	<i>La Noche.</i>
<i>El Agua.</i>	<i>El Sueño.</i>
<i>La Leche.</i>	<i>La Muerte.</i>
<i>El Azúcar.</i>	<i>El Catarro.</i>
<i>El Perro.</i>	<i>1º Niño Azul.</i>
<i>La Gata.</i>	2º " "
<i>La Luz.</i>	3º " "
<i>Las Horas.</i>	4º " "
<i>El Padre Tyl.</i>	5º " "
<i>Abuela Tyl.</i>	6º " "
<i>Abuelo Tyl.</i>	7º " "
<i>Pierrot.</i>	8º " "
<i>Roberto.</i>	9º " "

- El Rey de los nueve planetas.*
 11º Niño Azul.
 12º " "
 13º " "
 14º " "
El Enamorado.
La Enamorada.
El Tiempo.
El Hermanito por nacer.
Los otros Niños Azules.
Los Guardianes.
El Jefe de los Groseros Goces.
Las Otras Dichas.
Las Pequeñas Dichas.
Los Adolescentes.
El Jefe de las Dichas.
La Dicha de la buena salud.
La Dicha del aire puro.
La Dicha de amar a sus padres.
La Dicha del cielo azul.
La Dicha de la selva.
La Dicha de las horas de sol.
- La dicha de la Primavera.*
La Dicha de las puestas de sol.
La Dicha de ver levantarse las estrellas.
La Dicha de la lluvia.
La Dicha del fuego invernal.
La Dicha de los pensamientos inocentes.
La Dicha de correr con los pies descalzos sobre el rocío.
La Alegría de ser justo.
La Alegría de ser bueno.
La Alegría de la gloria.
La Alegría de pensar.
La Alegría de comprender.
La Alegría de ver lo que es bello.
La Alegría de amar.
El Amor materno.
Las Alegrías ignoradas.
La Vecina Berlingot.
Su Hijita.

TRAJES

Tyltyl: El traje de Pulgarcito en los cuentos de Perrault: (1) calzoncito rojo-bermellón, corta casaca de azul tierno, medias blancas, zapatos o botines de cuero leonado.

Mytyl: El traje de Margarita (Grethel) o bien de Ca-perucita Encarnada.

La Luz: Traje color de luna, es decir de oro pálido con reflejos de plata, gasas cintilantes, formando rayos, etc. Estilo neo-griego o anglo-griego, género Walter Crane o más o menos Imperio. Alto de talle, brazos desnudos, etc. Tocado: especie de diadema o de ligera corona.

El Hada Veryluna, La Vecina Berlingot: El traje clásico de las mujeres pobres de los cuentos de hadas. Podría suprimirse en el primer acto la transformación del Hada en princesa.

El Padre Tyl, La Madre Tyl, Abuelo Tyl, Abuela Tyl: Los trajes legendarios de los leñadores y campesinos elemanes en los cuentos de Grimm.

Las Hermanas y los Hermanos de Tyltyl: Variantes del traje de Pulgarcito.

(1) Carlos Perrault literato francés nació en París y autor de muy bellos *Cuentos de Hadas* [que pronto publicaremos]. 1628-1703.

El Tiempo: El traje clásico del Tiempo: extenso manto negro o azul ordinario, barba blanca y flotante, hoz y salvadera.

El Amor materno: El traje poco más o menos parecido al de la Luz, es decir, velos flexibles y casi transparente de estatua griega, tan blancos como sea posible. Perlas y pedrerías tan ricas y tan numerosas como se quiera, con tal de que no se rompa la armonía pura y cándida del conjunto.

Las Grandes Alegrías: Como en el texto se dice, mantos luminosos de sutiles y suaves matices: despertar de rosa, sonrisa de agua, rosado de ámbar, azul de aurora, etc.

Las Dichas de la Casa: Mantos de diversos colores, o si se quiere, trajes de campesinos, pastores, leñadores, etc., pero idealizados y hechiceramente interpretados.

Los Groseros Goces: Antes de transformarse: amplios y pesados mantos de brocados rojos y amarillos, alhajas enormes y pesadas, etc. Después de la transformación: trajes de punto color de café o chocolate, que den impresión de campesinos disfrazados.

La Noche: Amplias vestiduras negras misteriosamente consteladas, con reflejos castaños. Velos, adormideras oscuras, etc.

La Hijita de la Vecina: Cabellera rubia y luminosa; largo manto blanco.

El Perro: Casaca roja, calzón blanco, botas charoladas, sombrero encerado; traje que recuerde más o menos el de John Bull.

La Gata: Traje de punto de seda negra con lentejuelas.

Conviene animalizar discretamente las cabezas de estos animales.

El Pan: Suntuoso traje de pachá. Amplio manto de seda o de terciopelo carmesí con broche de oro. Vasto turbante. Cimitarra. Vientre enorme, faz roja y extremadamente inflada.

El Azúcar: Manto de seda, por el estilo de los de los eunucos, mitad blanco y mitad azul para recordar el papel de embolver los panes de azúcar. Tocado de guardias del serrallo.

El Fuego: Traje rojo, manto bermellón con reflejos tonasolados, forrado de oro. Penacho de llamas multicolores.

El Agua: Traje color del tiempo del cuento «Piel de Asno», es decir, azulada o glauca, con reflejos transparentes, efectos de gasa destilante, igualmente estilo neo o anglo-greco, pero más amplio, más flotante. Tocado de flores y de algas o de juncos.

Los Animales: Trajes populares o campesinos.

Los Arboles: Trajes de matices variados del verde o del tinte tronco de árbol. Atributos, hojas o ramas que permitan reconocerlos.

CUADROS

- Primer Cuadro* (acto I).—LA CABAÑA DEL LEÑADOR.
- Segundo Cuadro* (acto II).—LA CASA DEL HADA.
- Tercer Cuadro* (acto II).—EL PAÍS DEL RECUERDO.
- Cuarto Cuadro* (acto III).—EL PALACIO DE LA NOCHE.
- Quinto Cuadro* (acto III).—LA SELVA.
- Sexto Cuadro* (acto IV).—ÁNTE LA CORTINA.
- Séptimo Cuadro* (acto IV).—EL CEMENTERIO.
- Octavo Cuadro* (acto IV).—ÁNTE LA CORTINA.
- Noveno Cuadro* (acto IV).—LOS JARDINES DE LAS DICHAS.
- Décimo Cuadro* (acto V).—EL REINO DEL PORVENIR.
- Undécimo Cuadro* (acto VI).—EL ADIÓS.
- Duodécimo Cuadro* (acto VI).—EL DESPERTAR.

EL PAJARO AZUL

ACTO PRIMERO

PRIMER CUADRO

La Cabaña del Leñador

Representa el teatro el interior de una cabaña de leñador, sencilla, rústica, pero miserable no. Chimenea de consola en donde se adormece un fuego de astillas. Utensilios de cocina, armario, artesa, reloj de péndulo, rueca, fuente, etc. En una mesa, una lámpara encendida. Al pie del armario, de cada lado de éste, dormidos, apoloténados, con las narices bajo la cola, un Perro y una Gata. Entre ambos, un gran pilón de azúcar blanco y azul. Colgando del muro, una jaula redonda con una tortohilla adentro. En el fondo, dos ventanas cuyos postigos interiores están cerrados. Al pie de una de ellas, un escabel. A la izquierda, la puerta de entrada de la casa, dotada de una gruesa aldaba. A la derecha, otra puerta. Escala al granero. A la derecha, igualmente, dos camitas de niño, a la cabecera de las cuales se encuentran, sobre dos sillas, algunos vestidos cuidadosamente doblados.